

El Entreacto.

PERIODICO DE TEATROS,

LITERATURA, ARTES Y MODAS.

TEATRO DEL PRINCIPE.

Las circunstancias políticas que han ocasionado aumento extraordinario de servicio para la guardia Nacional, han estorbado que se pongan en escena las producciones nuevas anunciadas por la empresa. En tanto se han ejecutado algunas funciones que por su objeto y por el interés de las composiciones que en ellas se han ejecutado han llamado la atención del público y reunido afluencia de espectadores. Es la primera entre estas, una en que se representó la comedia de don Manuel Breton de los Herreros, titulada: *Qué dirán y el qué se me da á mí*, un himno nuevo, según creemos, del maestro Carnicer y el sainete de los *Tres recién nacidos* por Guzman. Si mal no recordamos hubo también algo de baile patriótico sobre una sinfonia compuesta por el mismo maestro con los himnos más conocidos. De la comedia, muy poco ó nada tenemos que decir, puesto que es bien conocida del público la singular maestría con que Romea mayor caracteriza y desempeña el papel de asturiano; así como la cómica aristocracia de Guzman en el del marqués. Mas adelante copiamos la letra del himno que se cantó en la misma función; y está por demás decir que el que quiera reír de corazón debe ver hacer á Guzman el sainete de los recién nacidos.

A esta función siguió otra compuesta de la preciosa traducción de don Ventura de la Vega, *La segunda dama duende*, juegos de las niñas Julia y Paula ya conocidas del público, el himno de Riego con letra análoga al intento, y por final la sabida sinfonia característica de Mercadante bailada por todos los de el cuerpo de baile.

El éxito de *La segunda dama duende* cuando se representó por primera vez nos dispensa de entrar en pormenores; y solo diremos que su ejecución apenas deja nada que desear por parte de los Romeas mayor y menor; Matilde y Teodora Lamadrid. Las niñas Julia y Paula recibie-

ron los aplausos de costumbre y la concurrencia fue mucho más numerosa de lo que podía esperarse en las actuales circunstancias y con una función tan repetida.

El jueves se ejecutó la ópera de Ricci, *La prigionera di Eddimburgo*; en la que continúa la Mazzarelli y Salas, arrancando numerosos y bien merecidos aplausos; coronando la semana la famosa *Estrella de oro*, en que Guzman con su gracia, y Lucini con su pincel, entretienen y divierten á los espectadores, mal grado unas escenas demasiado cándidas aun para comedia de magia.

Es de esperar que en la semana inmediata, podamos hablar á nuestros lectores de alguna de las novedades ya indicadas, pues nos consta, que continúa ensayándose con actividad la hermosa ópera de Donizetti *Lucia de Lammermoor*, y el drama en cinco actos, *La Abadía de Castro*.

HIMNO,

PUESTO EN MUSICA POR EL MAESTRO DON RAMON CARNICER Y CANTADO EN EL TEATRO DEL PRINCIPE.

CORO.

*A las armas volad, ESPAÑOLES,
Que es ya mengua en silencio sufrir:
Sus, valientes, al arma ya tocan,
Al clamor de LA PATRIA acudid,*

I.

Prez y gloria, MADRID, á tus hijos
Que rompiendo el letargo profundo
A la faz de la Europa y del mundo
Alzan hoy el pendon Nacional.

Si hay quien ose atacar nuestro triunfo
No haya dique posible ni valla;
A través de la hirviente metralla
Llega el libre á la gloria inmortal.

CORO.

II.

Alzate, juventud española,
Con tu santo entusiasmo y tu brio:
El silencio de hoy mas es impío,
Basta ya de vergüenza y baldon.

A las armas! **LA PATRIA** nos llama;
Que el cañon castellano retumbe;
Si un millon de valientes sucumbe,
De valientes irá otro millon.

CORO.

III.

Sacudid, **ESPAÑOLES**, el yugo
Que forjaron las manos serviles:
Vuestros hierros trocad en fusiles
Y los siervos así temblarán.
LIBERTAD! LIBERTAD! Llegó el dia:
Reconquista tus santos derechos,
Que á tu nombre se inflaman mil pechos
Que su sangre por tí verterán.

CORO.

IV.

¿No sentís que es celeste el aliento
Que lanzado á los aires proclama
LIBERTAD! LIBERTAD! y que inflama
A los libres en santo valor?
Es la voz que lanzó un pueblo entero
En su noble y viril resistencia
Al dictar la terrible sentencia
Que condena por siempre al traidor.

COSTUMBRES DE MADRID.

La Puerta del Sol.

»Amigo mio. Pasado mañana sale de esta villa en direccion á esa corte, conducido por la diligencia, mi hijo Bonifacio que deseoso de conocer las bellezas del gran pueblo madrileño, tiene la humorada de disponer para ello del paternal bolsillo: cuidale y sírvele de guía, pues en justa retribucion obtendrás el constante aprecio de tu querido amigo y servidor, «Cándido Ricote.»

De este modo, sin alterar el sentido ni quitar punto ni coma, estaba escrita una carta, que en cambio de siete cuartos puso en mis manos el diligente cartero, hace un mes poco mas ó menos Lesla y repaséla varias veces y llamando en mi auxilio los recursos del repertorio de mis deudas, aparecí acreedor á don Cándido por el fino recuerdo con que despues de permanecer durante las ferias, con parte de su familia en mi casa, me agasaja en navidad á solo porte y puerta, con un escueto y hético tarrillo de arrope.

Con semejantes influencias y recomendaciones, dispuse en mi casa el cuarto para hospedar al don Bonifacio, cuya importuna curiosidad ofendia mis intereses, porque tuve que amueblar la vivienda con lujo para satisfacer en parte al hijo de mi amigo, que desearia indudablemente hallar desde su primer alojamiento objetos de curiosidad.

Prevenido de este modo y adecentada la habitacion en cuanto me fué posible, calculé el dia de la llegada, para no omitir la indispensable ceremonia de salirle á recibir, y supe definitivamente, que salvo un encuentro de facciosos, ladrones, vuelcos ú otros accidentes, tendria efecto al siguiente dia de mis preguntas.

Asi fué, y situado cual centinela avanzada en la casa de postas, tuve el gusto de notar á mi buen don Bonifacio, que desde los primeros restrañazos de los callejeros al asomar á la calle que dá vista al edificio, se esforzaba en sacar la cabeza por la ventanilla. La extraordinaria semejanza con su padre, me facilitó el conocimiento antes de hablarle y asi me dispuse á colocarme al pie de la escalerilla, para que mi cumplimiento llevase toda la parte diplomática de que era susceptible. Descubrióse, por fin, de la *rotunda*, y por su trage advertí que en el relevo y descanso de Alcovendas habia mi hombre apelado al suelo del cofre, resuelto á sorprendernos con su elegancia provincial. Una estatura de cinco pies poco mas ó menos formaba su continente, y su tomo como el de unas ocho arrobas de peso, lo que tuve ocasion de graduar, con conocimiento de causa, atendido un enorme pisotón con que su mole aplastó mi pie al desprenderse del último escalon del coche. Sombrero de campana, camisa limpia con su gigante cuello almidonado que servia de carcel, parapeto y prision á su cara y cuello, chaleco merino, casaca verde manzana con botones dorados, pantalon aceitunado, que terminaba dos dedos sobre el tobillo, calceta de hilo y zapato que por su robustez bien mereciera llamarse de tres costuras, eran las prendas mas principales del vestuario del forastero.

Saludados, reconocidos, abrazados, preguntados y contestados cien veces, por las respectivas familias, comisioné á un mozo conocido para que transportase á mi casa el maletón del estrado don Bonifacio, el cual lo verificó no sin dar antes con su verbal relacion de méritos y mi fianza, las seguridades que el dueño exigia para desprenderse de su equipage.

Concluida esta indispensable introduccion, salimos de la casa de Postas, y al

golpe nos hallamos en la Puerta del Sol, cuyo aspecto sorprendió al tranquilo lugareño, por la animación que presentaba en la hora del medio día. ¿Qué es esto, señor Fisgon, me preguntó, qué laberinto de casas, carruajes, y personas es el que estamos viendo? Esta es amigo del alma, le respondí, la celebrada Puerta del Sol, guía del forastero en sus citas, madrina del comerciante en sus tratos, alcabueta del ladrón en los hurtos, y protectora de otras mil clases de la sociedad ya útiles y necesarias, ya reprobadas y perseguidas por la ley. Por cierto, interrumpió don Bonifacio, que no presumí jamás hallar tan estraña *enciclopedia*, ni alcanzo como en este burdel puedan calificarse los concurrentes.

Paciencia, señor mio, paciencia, y ya que para volver hácia mi casa debemos seguir la calle Mayor, demos antes una vuelta en redondo por esta que nos ocupa y al paso haré notar á vd. algunas particularidades, de las que tengo observadas para escribir una obra acerca de sus magnificencias, que constará de unos cuatro volúmenes en folio por lo menos.

Emprendimos, pues, nuestro paseo crítico y parándonos á la embocadura de la calle de Carretas, informé al admirado paleta, de que aquel sitio estaba destinado por la costumbre para terminar algunas operaciones de cambios, intentadas en la Bolsa antes de la hora de cerrarse, y que entre todos los que allí veía figuraban comerciantes, particulares, agentes y otros intrusos que denominan *zurupetos*, los cuales procuraban la mayor honra de Dios... y servicio del prójimo, añadió don Bonifacio.—En eso, amigo, no quitaré ni añadiré cosa alguna, por aquello de tu alma tu palma, y porque no siendo punto doctrinal el de mi esplicacion, escusamos de revolver el septimo.

Ya hemos cambiado enteramente de aspecto con solo cruzar la calle: allí trabaja sin freno la política y el interés, mientras aquí la solfa convierte el recinto en cuartel general de músicos que en sus ajustes y contratas son tan ligeros como un compas de semifusas.—Esto me place, dijo el forastero, y confieso que estoy por la danza: no olvidaré el sitio, y sacando su cartera le anotó.

Los que siguen, señor don Bonifacio, son militares retirados y empleados cesantes, que refiriéndose mutuamente sus servicios y cortos premios, se lamentan sin cesar de su miseria, atraso de pagas y ruina de sus familias: pero de estos nadie se acuerda, y nosotros no somos menos que nadie: sigamos adelante.

El espacio que ocupamos, y divide las

dos aceras, es patrimonio de ciegos y titiriteros que con perros bailarines y mundos-nuevos, entretienen á los soldados, criadas, y muchachos. Aquí vivió por largos años la mas casta doncella que la corte tiene, pero sostenida por un churrigueresco edificio, dió tras ella la *civilización*, obligándola á mudarse á la Plazuela de las Descalzas, donde existe con la mayor humildad. Extraordinario contraste con otras de inferior mérito que campean en la capital. La veremos, dijo el hoesped, porque en lo de castidad podrá haber sus mas ó sus menos.

Crucemos y seremos transportados á otra región, donde corredores, chalanes y caleseros, venden, compran, truecan y empeñan caballerías y carruajes, sancionando sus resoluciones en la inmediata taberna; y desde aquí sin tocar en esa próxima division destinada á los vendedores de papeles públicos, fósforos y libritos de fumar, pasemos á la acera que mira al correo, sitio fecundo en contiendas amorosas, principalmente en las primeras horas de la noche.—¿Tambien tenemos esas? replicó el forastero.—Si señor, le contesté: aquí circula al declinar el Sol, una tropa numerosa de mugeres del partido, á quienes yo partiria la rabadilla de un estacazo, ya que no quisiese vencer los obstáculos, si los habia, para acuartelarlas, obligándolas al trabajo en beneficio de la salud pública, aumento de intereses y honor á la moral religiosa.—Y á este tiempo advertí que el amigo don Bonifacio continuaba las apuntaciones en su cartera de encarnada badana.

Marchamos en seguida silenciosos á mi habitacion, para tranquilizar al hoesped, cuya desconfianza extrema le hacia pensar en la fuga del mozo con la maleta, y convencido ya de su fidelidad, rompió el habla, para decirme que estaba trastornado con el bullicio de la Puerta del Sol, y el informé que acababa de recibir. Hícele dormir una buena siesta despues de comer, y con ella se levantó mas tranquilo, para que tomando el paseo por las calles, le hiciese esplicacion de lo notable en edificios y otras cosas.

Habria unos quince dias que seguimos este sistema, cuando la curiosidad me condujo una mañana á su cuarto, de donde acababa de salir para dar una vuelta á la puerta del Sol, cuya primera impresion no habia olvidado. Varios papeles desordenados sobre la mesa me llamaron la atención y sorprendieron hasta lo infinito viendo entre ellos algunos versos; porque así habia yo pensado en que mi hoesped fuese poeta, como en que hiciesen á un tordo Alcalde de barrio: ni que

:

pudiese sostenerse aun en ancas del alado Pegaso, quien en mi concepto no se tendria en la anchurosa albarda del mas pacifico rocín. Admirado á vista de tan portentoso descubrimiento, examiné uno por uno los borradores y me convencí de que si mi recomendado no era un sublime y Gongorino poeta, por lo menos rimaba en consonancia y espresaba sus ideas. La Puerta del Sol tenia de frecuente suspensa su imaginacion, pero yo no podia calcular que en tan poco tiempo hubiese hecho de ella el detenido estudio que revela este soneto.

A la Puerta del Sol.

Circo, sin cerco, que á los hombres graves
Presentas mil encuentros peligrosos,
Palestra, amena y rica de tramposos
En eternos corrillos y conclaves.
Piélagoinmenso de nocturnas aves
Sacian el apetito á los golosos,
Deliciosa mansiou de perezosos
Que á Alhucema y Melilla dá las llaves.
En tu secundo seno al hombre inflamas,
Y ocupacion previenes al juzgado
Ya por usuras ó amorosas tramas:
Y en tu recinto, en fin, se ha originado
Que hasta en el grato juego de las damas,
A muchos por soplar, se la han soplado.

Dos dias despues de mi escrutinio, salió para su pueblo don Bonifacio; y como en aquel lugaron no se leen periódicos ni mas libros que el Calendario, me ha parecido que sin temor de ser descubierto, podia contar este suceso al público.

El Fisgon.

El accionista del teatro.

Por lo regular su edad es de 45 á 50 años. Su porte mediano, pues en la alternativa en que se halla de verse arruinado ó enriquecido de un año á otro, cree prudente fijarse en un justo medio para que no note nadie tanto su posterior mudanza. Su traje se reduce por lo comun á una blonda peluca, corbatin de raso, baston con puño de oro, pautalon gris, chaleco negro y anteojos. Su andar es compasado y sus ojos escrutadores no dejan escapar nada á sus penetrantes miradas. Su ocupacion es el comercio, su caracter dulce, jovial y decididor, y su temperamento bilioso.

El accionista conoce á casi todos los artistas y poetas. Cuando entra en el teatro saluda á los peluqueros y maqui-

nistas, apreta la mano al director de escena, habla en voz baja con las actrices, pregunta al cajero el estado del despacho; cuando principia á tocar la orquesta, mira por el bujero del telon si hay muchos asientos vacios y al retirarse á su casa va tarareando algun trozo de la opera que se ha representado aquella noche, ó si ha sido drama, declamando alguna de sus mejores relaciones.

Mientras se disponen las decoraciones se pasea por el corredor de los cuartos de las actrices, mira por la llavera de las puertas y esclama de vez en cuando. oh! ah! cielos! exalando dolorosos suspiros.

En sociedad, el accionista del teatro no sabe hablar mas que de actores, poetas y artistas: cuenta mil anécdotas teatrales fingiéndose muchas veces su héroe cuando conoce que esto le ha de atraer la atencion, y pasa en silencio las burlas de que ha sido objeto. Constante observador de todos los actores, parodia con algun acierto sus gracias y no se olvida de emplearlas cuando vienen al caso, todo lo cual le atrae la atencion de los concurrentes, y mas cuando les ofrece billetes para la funcion nueva. En tal caso esclaman las niñas. ¡Qué señor tan amable! las mamás, qué señor tan complaciente, y los papás, qué hombre tan truhan! por que saben éstos que la oferta de billetes del empresario quiere decir que tienen que pagar doble de su valor.

El accionista del teatro es el galan de una actriz cuyo nombre acabe en á como Adela, Pamela etc.

El accionista en las primeras representaciones de algun drama ó de alguna ópera, se halla muy inquieto y distraido; hace cien idas y venidas, desde el palco en que está encajonado con toda su familia al teatro, y del teatro á su palco. A los actores dice que el público está muy bien dispuesto, y al público que jamás han estado los actores mejor ensayados ni preparados, como si los papeles de aquel drama se hubieran escrito para ellos. A cada escena nueva, á cada mutacion de decoracion, á cada pausa que advierte, esclama con efusion. Qué hermoso estilo! qué soberbias decoraciones! ¡qué admirable golpe de vista! qué paso tan patético! No he visto intriga mejor combinada, mejor sostenida! En los entreactos baja al proscenio á dar á cada actriz la enhorabuena y los elogios á que se ha hecho acreedora. Si el drama ha tenido buen éxito, va al dia siguiente al café á encomiar el mérito de la obra, si ha tenido mal éxito va á hablar á varios poetas y periodistas cuyas criticas teatrales tiene compradas.

El accionista de teatro se frota las ma-

mos de placer cuando vé asomar por cualquiera esquina, algun mameluco, algun turbante de Mahoma, algun Hércules francés, ó algunos jugadores malabares. Desde entonces no piensa mas que en piramides humanas, en brazos de hierro y en pesos de 30 arrobas. Por lo demas, no hay cuidado que se pase por la poblacion en que reside, ningun ventrilocuo ni prestidigitador, sin que los ponga á contribucion.

El accionista es miembro del comité de lectura, y mientras que el lector arroja los pulmones recitando el drama, se duerme ó apunta la cuenta mensual de la lavandera. Si la obra es de un principiante la reusa, si es de alguna antigua media, se despierta y esclama: aceptada.

El accionista del teatro no tiene mas que dos perspectivas, y dos fines. O hace fortuna, y en ese caso compra una casa, y forma un teatro casero, en el que permite á su hija hacer los papeles de querida, cuando hace de amante, algun condecito, ó comerciante millonario etc. etc. ó bien se arruina y logra ser admitido en la compañía, ó una plaza de aposentador del teatro, gracias á la proteccion de la actriz, cuyo nombre acababa en á que ha llegado á obtener papeles muy principales, gracias á la proteccion del aposentador cuando era accionista del teatro

POESIA.

La palma de la isla de Cuba.

Pláceme, palma, si risueño el día

Brilla al través de tu gentil ramaje:

Pláceme, palma, si fulgor te envía

La tibia luna en su postrer celaje.

De la yerma y remota Palestina,

En el inmenso piélago de arena,

No descuella la palma peregrina

Cual tu de Cuba en la campiña amena.

Allí es de bronce el condensado cielo

Y no destila perlas de rocío:

Allí es granito el fulminante suelo,

Y obstruye el paso al transparente río.

Un mar de arena allí zumbidos roncós

Muge por los desiertos horizontes,

Y al cesar su furor donde hubo troncos

Alzan su cima movedizos montes.

Allí bramán los vientos destructores

Que el noble orgullo de las palmas domán,

Ellos secan su jugo y sus verdores,

Y ellas muertas y lacias se desploman.

Tu siempre vives, si: tu siempre enhiesto,

La carrera fugáz del tiempo insultas,

Y contemplas tal vez linda seresta

Donde vieras ayer breñas incultas.

Cual reina del confín americano,

Te elevas, palma, en su distante zona,

A tus plantas se humilla el Océano

Y es del sol la diadema tu corona.

Si acaso cedes á su luz de fuego,

Si á su influjo te doblas y desmayas,

A refrescar tus hojas llegan luego,

Las tiernas brisas de las frescas playas;

Y como ellas te arrullan muy clemente,

Resbalando en susuro vacilante,

Hundes las nubes con tu escelsa frente,

Y hundes la tierra con tu pie jigante.

Te elevas, palma, y dejas

A los que dó tu sombra se güarecen:

Dén al viento sus quejas,

Pues sí de ellos te alejas

Es que tu santa sombra no merecen.

No ya gente sencilla

Puebla el suelo dó estriba tu cimientó,

Si quien vibra cuchilla,

Que esparce la semilla,

De discordias sin fin, males sin cuento.

Una raza insolente

Hace á otra raza, debil, triste esclava:

Guay no eleve su frente,

Cuando el volcan reviente,

Y atroz vomite su encendida lava.

¿Qué será de tus hijos

En combate tan justo como aciago?

Sin suelo ni hogar fijos

En afanes prolijos,

Llorarán anque tarde tanto estrago.

Saciarán ¡ay! su encono

Los que ahora viven en continuas penas,

Y tendrán en su abono

El codiciado trono,

Cuyas gradas serán, rotas almenas.

Asi serán tus dueños

Esos hombres que ves de faz tostada,

Y tremebundos ceños,

Que hasta en sus breves sueños

Tiemblan de su señor la ira menguada.

Día será de luto,

Aunque présago de otras desventuras,

Días de ópimo fruto

En que por fin tributo,

Pague el hombre, al señor de las alturas;

Pues á todos dió vida,

Todos sus hijos son, todos hermanos,

Y ha de sanar la herida,

Que prole envilecida

Rasgaron ellos con sus torpes manos.

Cual luchan las naciones

Sin dar hoy á la paz segura plaza,

Luego irán sus pendones

Y sus fuertes legiones,
 La guerra á promover, de raza á raza.
 Cual será la guerra:
 Sangre sin fin inundará á torrentes
 La llanura y la sierra,
 Y temblará la tierra
 Al choque atronador de tantas gentes.
 Mas brillará una aurora
 De bienes precursora:
 Que el astro eclipsará de los tiranos,
 Y el que en Africa mora
 Llamará á nuestros nietos sus hermanos.

Tú los verás entonces, palma erguida,
 Formar en torno tuyo dulces lazos,
 Proclamando la paz apetecida,
 Y afirmando la paz tiernos abrazos.
 No mas de sangre regará tu planta
 El pobre esclavo con la frente mustia,
 Pues quien su carne misera hoy quebranta
 Irá el primero á consolar su angustia.
 Y esto será, si falto de esperanza
 Atiende el siervo á desterrar sus penas,
 Pasando de inercia á la venganza,
 Convirtiendo en dogales sus cadenas.
 Entonces, palma, cuando no ya el hombre
 Ultrajando á su hechura, á Dios ultraje,
 Porque bendiga su celeste nombre
 Bríndele dulce sombra tu ramaje.

A. Ferrer del Rio.

Habana 17 de diciembre de 1859.

EL MONSTRUO.

Seis días hace recibí de Andujar una carta, que, entre otros párrafos contenia el siguiente. «A nuestro comun amigo don Lucas de Salcedo y Morbiela se le ha metido en los cascos pasar con esta fecha á la villa de Madrid, con lo que dice va á satisfacer un deseo, que, (son sus propias palabras) le bulle en la mente desde el año cinco, época en que ya era mozalvete. De nada han servido los consejos y amonestaciones de cuantos le tratan para disuadirle de su propósito: en vano ha sido manifestarle que en Madrid acaba de entronizarse la anarquía inútil describírsela como un formidable monstruo de siete y mas cabezas. Todo lo ha despreciado respondiendo, que esta circunstancia ponía espuelas á su deseo, y que era bien estúpido, quien no atravesara unas pocas leguas de camino por ver una cosa tan estupenda y rara, y mucho mas cuando él sabia por haberlo leído en letra de molde, que *para la anarquía hay un remedio habitual y que*

este remedio es la metralla, y que la metralla puede y debe emplearse tan licita y oportunamente en las calles de una poblacion sublevada, como en los despartillados y ya derruidos murallones de Morella. En fin don Lucas acaba de marchar en la diligencia: en esa le encontrarás, y pues anarquía quiere, condúcele á los puntos donde anarquía haya, y anarquía palpe.»

Apenas leí las anteriores líneas, cuando miré á todas partes asombrado. ¿Si será verdad, dije para mi sayo, que estamos en anarquía y yo habitante de Madrid no lo sepa? En fin salgamos y veamos á don Lucas, que tengo para mi se ha vuelto loco ¿y dónde encontrarle? Mañana llega la diligencia de Andalucia; pues, señor, le buscaremos en la casa de postas.—Pasé la noche aguardando la llegada del día: este llegó, y don Lucas tambien. Tímidos y acongojados sus compañeros de viaje, pedian coches con que trasladarse de la diligencia á la posada, por huir de los peligros que en su majin traian: impávido é inalterable don Lucas, entregando su maleta á un mozo de cordel se disponia á atravesar rios, que no arroyos de sangre, sirviéndole de puente cadáveres y moribundos cuando le encontré.—¿Distaba mucho la plaza mayor? Fue su primera pregunta.—No, le contesté.—Pues vamos allá, antes de todo quiero ver la anarquía, y nadie mejor que vd. me la puede enseñar.

Anhelando desvanecer la falsa idea, que ocupaba á don Lucas, desvanecerla con hechos y no con palabras, sin gastar ninguna en valde, le conduje á la plaza, y apenas desenvocamos en ella.—¿Donde está el monstruo? me preguntó. Sonreime sin contestarle, y él prosiguió diciendo.—Aquí no veo otra cosa, que soldados de linea y milicianos nacionales, que hablan, comen y beben, en perfecta armonia, como hijos de unos mismos padres: aquí no veo mas que fraternidad, la que debieramos tener todos los españoles: aquí en fin no veo ningun monstruo. Vamos á la Fuerta del Sol.—Vamos allá, dije; ya empieza el hombre á caer del burro. Bajamos por la calle Mayor, y al llegar á la casa de correos, exclamó don Lucas: ¿qué es esto? Soldados que van á sus cuarteles, soldados que se pasean, milicianos de los pueblos de la provincia, que leen cartas, sin duda de sus familias, hombres y mugeres que se dirigen á sus negocios, ó á sus visitas, un pueblo inmenso, en fin, entregado como siempre á la alegría, y sosegado á la sombra de una numerosa guardia de nacionales, interesada en sostener la pública tranquilidad. Aquí no

hay monstruo... Ah! ya estoy: los ardientes rayos de ese sol que nos abrasa, le obligarán á mantenerse oculto en alguna caverna; puede ser que al anochecer aóme sus horribles cabezas, para sepultarnos en un abismo de males; pero no importa, aunque sepa morir del susto de haberlo visto, quiero verlo á todo trance.

No me separé de don Lucas en todo el día, por la tarde fuimos al Prado, por la noche al Circo donde había mucha concurrencia, agena por cierto de la filípica que el veleta y camaleon *Castellano* había de dirigirla, mezclando de paso á nuestro periódico, y acusándole de apostasia en los momentos mismos en que dicho *Castellano* apostatando estaba. Mas de media noche era cuando acompañé á don Lucas á su posada, sin esperanza de ver el monstruo que, según le habían dicho comenzaba á devorarnos. — ¡Anarquía! ¡Anarquía! exclamó al tiempo de despedirnos; si esto es anarquía, venga ese monstruo sobre nosotros. — ¿Se ha desengañado vd. don Lucas? — Si señor, y aun voy creyendo que pues tan patente se muestra hoy la honradez y cordura de los gobernados, para ser felices solo nos resta... — ¿Qué? — Buena fé en los gobernantes, pues la inmoralidad de estos es el verdadero monstruo que devora á las naciones.

ANÉCDOTAS.

—Un embustero de profesion tenía un criado á quien continuamente estaba llamando para que apoyase los cuentos que le sugería su imaginacion, y con el objeto de que este afirmase era cierto lo que su amo referia, le regalaba de vez en cuando algun deshecho, ó ya de calzado ó ya de ropa; siendo el último con que le había agraciado un par de pantalones. Uno de los dias en que mas se había escedido refiriendo varios desatinos empezó á contarle á un amigo una desgracia que le sucedió en un viaje: figúrese vd. le decia, que yendo un dia de mucho aire hácia Sanlucar me ví de repente envuelto en una ráfaga de viento que nos arrastró á la silla de posta con cinco caballos, al postillon, y á mí, y á mi criado cerca de siete leguas; pero con una velocidad que solo tardamos cuatro minutos. Allí está Sanchez que no me dejará mentir, dijo dirigiéndose al criado. — Ah! exclamó este desabrochándose y quitándose el pantalon. Eso ya es demasiado, renunció a la posesion de esta prenda por que no quiero oír mas mentiras que las

que yo digo. — El criado era tambien andaluz.

—En una comida que se dió hace poco tiempo en Lóndres en la taberna del Aguila, se habló de la cantidad de vino que podría beber un hombre sin separar la vasija de la boca. Uno de los concurrentes, apostó veinte libras esterlinas á que se bebía tres botellas de vino del modo indicado. Luego que se discutió si era ó no posible, quedó la apuesta hecha para verificarse el dia siguiente. En efecto, á la hora convenida se reunieron en la misma taberna y vaciado que fue el vino que contenian tres botellas en una gran ponchera, se la apliá los labios el insaciable ingles y sin respirar la dejó limpia como una patena. En medio de la sorpresa general que causó tan excesivo modo de tragar, le preguntaban si al hacer la apuesta no tenia sus recelos de poder perder, á lo que contestó el inglés. — Estaba seguro de ganarla, porque todas las mañanas hago la misma prueba.

—Uno de los empleados supremos del serrallo del actual sultan, acababa de casarse sin haberla visto, como es costumbre, con una muger tan escasa de belleza, como feo era él. Al siguiente dia del casamiento, preguntó la recien casada á su marido, á cual de sus amigos le permitía mostrarle su rostro. — A todo el mundo, respondió enfadado, menos á mí. — Tén paciencia, dijo la muger, que ya te acostumbrarás á él. — Que tenga paciencia? Es virtud que nunca he conocido. — No te haces justicia, dijo ella con calma, pues tienes mas paciencia de lo que te puedes imaginar, porque hace cincuenta años, que sufres delante de tu vista, la mas horrenda nariz que se pasea por Constantinopla, y aun no has pensado en deshacerte de ella.

—A poco tiempo de haberse fundado la sociedad real de Lóndres, encargó el rey Carlos II á sus socios, que trataran de resolver la cuestion de: *¿Por qué pesaba mas un pez muerto, que un pez vivo?* Todos se pusieron á trabajar con el mayor afán, y á escribir infinidad de memorias para demostrar las causas físicas de tal diferencia. Despues de esto, y de haber discutido estensamente el asunto, ocurrió á uno de ellos el verificar el hecho, y entonces vieron con gran confusion que el rey se había querido burlar de ellos, porque un pez muerto, pesa exactamente lo mismo que un pez vivo.

—Un joven eligió por compañero en una merienda á un viejo que no tenia dientes, el cual se dió tan buena maña, que comió

mas que el mozo. Por cierto; dijo éste cuando se levantaron, que aunque vinisteis desherrado, habeis corrido al doble que yo.

—Un yerno dijo á su suegro que castigase á su hija, porque él sabia de cierto que le hacia traicion. Tranquilizaos, hijo, (le respondió el suegro) que por vida de entrambos, que lo mismo hacia su madre hasta que llegó á los sesenta, á cuya edad se corrigió: ella aprenderá á ser buena á su tiempo, que lo mismo hizo esotra.

—Un hombre muy feo convidó á un forastero á comer, y al tiempo de sentarse á la mesa en compañía de su muger, le dijo que aquella era su esposa. Miróla con atencion el convidado, y viendo que era tan fea como su marido, exclamó: por vida mía, que nadie creyera sino que es vuestra hermana.

—Queriendo una señora decir que su marido no tenia hijos, se esplicaba así: mi esposo tiene excelentes cualidades y un talento asombroso: buen músico, gran escritor, contador excelente; salvo que no multiplica.

—Un tuerto dijo á otro dotado de muy buena vista, si se queria jugar un ojo; y contestó éste: hiciéralo de muy buena gana, á tener vos otro ojo para envidar.

—Decia uno que el vino tiene dos males: si le echais agua echaislo á perder; si no se la echais, os pierde á vos.

—Pedian dos mancebos una doncella á su padre para casarse con ella, siendo pobre el uno de los aspirantes á su mano, al paso que el otro muy rico. Dió el padre su hija al pobre, y preguntado porqué, respondió: porque el rico que es necio está muy cercano á ser pobre, y el pobre cuerdo se encamina á ser rico.

—Preguntó uno quien era cierto sugeto que siempre se paseaba en coche, llevando un tren y un lujo verdaderamente admirable. Respondieronle ser un hombre que sin mas oficio ni beneficio que el juego de la pelota sustentaba todo aquello. ¡Pardiez! dijo el de la pregunta; no he visto hombre que con faltas ajenas remedie tanto las suyas como ese.

—Estando comiendo un hombre, olvidóse de dar la parte que correspondia á un niño suyo que le acompañaba á la mesa. Visto esto por el niño, pidió sal á su padre. ¿Para que la quieres? preguntó éste. ¿Para que ha de ser? contestó aquel: para la carne que me habeis de dar.

—Otro padre habia prohibido á una niña que tenia de muy corta edad que estando á la mesa pidiese cosa alguna, diciéndole que sentaba mal á los niños el ser pediguñeos, máxime habiendo convidados delante. Al dia siguiente convidó el padre á

comer á varios amigos, y ocupado en hacerles plato y embevecido en la conversacion se olvidó de la niña; visto lo cual, dijo ésta: papá, yo no pido nada.

—Dando cuenta un criado á su amo de lo que habia gastado, decia en su cuaderno de apuntaciones.—De un pan que compré para mí, ocho maravedis;—de paja y cebada para mi señor, dos reales.

—Contando un caballero que venia de Italia un hecho que le habia acontecido, algo dudoso; dijo un criado suyo quitándose el sombrero: suplico á vuesamerced me dé licencia para que lo crea.

DIVERSIONES PUBLICAS.

TEATRO DEL PRINCIPE.

A las siete y media de la noche. Se pondrá en escena, la comedia de magia, en cuatro actos, titulada LA ESTRELLA DE ORO, en la que desempeñará el actor don Antonio de Guzman el papel que estrenó.

CIRCO OLIMPICO Hoy domingo 13 del corriente á las ocho de la noche se ejecutará una variada funcion, cuyos programas se allarán de venta en la puerta de entrada al Circo, á dos cuartos cada uno.

ANUNCIOS.

EL CAMPO Y LA CORTE DE DON CARLOS.

Narracion histórica de los sucesos acaecidos en las provincias del Norte desde el momento en que Maroto tomó el mando del ejército carlista hasta la entrada de don Carlos en Francia, acompañada de documentos justificativos y notas aclaratorias.

Tercera edicion.

ADICIONADA

CON EL

CONVENIO DE VERGARA

y otros documentos relativos á la pacificacion de las provincias vascongadas, y correspondencia entre lord Palmerston y los agentes británicos, presentados por el gobierno inglés cerca del cuartel general del Duque de la Victoria, al parlamento en el mes de marzo último, con varios datos curiosos para la historia contemporánea.

Véndese en la libreria de Boix, calle de carretas, num 8, á 12 rs. vn., y para los suscritores al *Entreacto* solo á 10 rs.

EDITOR: DON IGNACIO BOIX.